

## Los Museos en los Medios

JOAQUÍN LLEDÓ  
Redactor Jefe *Album Letras Artes*

Como la propia etimología de su nombre nos indica, los museos son lugares para las Musas, templos a ellas dedicados. Y conocido es que las Nueve Hermanas no duermen ni descansan, sino que constantemente juegan, eternamente inventan. Por ello, sea cuál sea el carácter de esta o aquella institución museística: archivo histórico, espacio para una tarea didáctica, pedagógica, o simple sede para la conservación de un tesoro patrimonial, público o privado, en todos ellos, si se quiere que sean elementos vivos de una cultura, siempre deberá estar presente lo lúdico, siempre deberá estar presente lo creativo.

Así, a nuestro entender, una de las primeras tareas de los medios de comunicación que se ocupan de divulgar, apoyar, comentar o criticar las actividades que en ellos se desarrollan, debe ser precisamente liberar al museo de su sentido de almacén de cosas antiguas, inertes y exteriores a nosotros y a nuestros problemas, y darle aquél que le corresponde de mansión o templo para las Musas. Y, como decíamos, absurdo sería considerar que las Nueve Hermanas mantienen en estos templos donde se conservan los objetos creados por aquéllos que les rinden culto una actitud pasiva. Muy al contrario. Es allí, en el Museo, donde preferentemente inspiran a aquéllos que le rendirán culto mañana.

Los museos son elementos fundamentales para la descripción de una cultura. A tal punto, que es prácticamente imposible resumir la de un país cualquiera sin referirse a sus museos, o, al menos, sin citar alguna de las obras que en ellos se conservan. Sin embargo, para que estos elementos "culturales", los museos, se conviertan en verdaderos elementos "civilizadores", la descripción que de sus contenidos se hace no puede

## Museo

### Los Museos en los Medios

ser una simple catalogación más o menos erudita, sino que, necesariamente, debe integrarse en una narrativa, en un discurso.

Es evidente que el relato que en los medios de comunicación se hace de lo que en los museos acontece, debe ser esencialmente un diálogo. Un diálogo a dos voces en el que el protagonismo pasa cíclicamente de la una a la otra. Y no sólo porque los museos, a través de sus gabinetes de prensa, envían información de sus actividades a los medios de comunicación, y porque éstos, además de recoger y divulgar esta información, también testimonian de una manera o de otra de la percepción que de lo expuesto ha tenido el público, sino también, y sobre todo, porque los organizadores de los museos, con toda evidencia en la exposiciones temporales, pero del mismo modo en su gestión de los fondos permanentes, valorando esta o aquella obra, o, por el contrario, enviando esta o aquella otra al almacén, situándolas frente a frente, o una al lado de la otra, concediéndoles lugares más o menos privilegiados, no hace sino trazar una narrativa destinada al visitante que recorre su espacio; y, en lo que se refiere a los medios de comunicación, porque éstos, interpretando esta narración que se les ofrece, deben intentar inscribirla en corrientes culturales más amplias relacionadas con la filosofía, la estética, la historia o la política, y, sobre todo, con la actualización que de estas cuestiones se hace en el presente. Convirtiéndose así, cuando este diálogo es logrado, lo que podría ser sólo erudición, "conocimientos" más o menos elitistas, en un auténtico fenómeno de percepción, y reflexión, a propósito de aspectos de las cosas que a todos nos preocupan, que a todos nos atañen como propias.

Y no hay que olvidar que este propósito, el de facilitar el goce del patrimonio cultural en las mejores condiciones a un cada vez mayor número de personas, poniendo a su disposición un también cada vez mayor número de referencias que buscan facilitarles la comprensión y asimilación de lo expuesto, aunque sin condicionar su libertad de juicio, pese a que pudiera parecernos hoy, como muchas de esas otras cosas a las que aludimos como lo "políticamente correcto", un propósito algo obvio, en realidad es el resultado de una larga y paciente tarea. Aunque los orígenes de las colecciones de objetos artísticos y culturales son verdaderamente muy remotos, pues, por ejemplo, en el siglo VII antes de nuestra era el rey de Babilonia, Asurbanipal, ya guardaba en su tesoro, no sólo la memoria de su propia civilización, sino la de otras, algunas de las cuales, como la sumeria, ya habían desaparecido, en realidad los orígenes de los museos tal como los concebimos en la actualidad se hallan en el siglo XVIII. Es durante la Ilustración cuando aquellos que entonces se llamaba anticuarios comenzaron a reunir las primeras colecciones en sus Gabinetes de curiosidades, en un primer momento muy heteróclitos, pues guardaban tanto objetos artísticos como fósiles o rarezas del mundo natural. Y es también durante este período cuando lentamente comienzan a aparecer las primeras pinacotecas públicas. Aunque será durante el siglo XIX cuando el proceso cultural crezca y se consolide, apareciendo los grandes museos nacionales: el Prado, el Louvre, el British Museum y los grandes museos italianos y alemanes; desarrollándose una metodología de conservación, catalogación, exhibición y valoración de los diversos objetos museísticos según las diferentes materias y disciplinas, al mismo tiempo que una legislación que la reglamentaba y al mismo tiempo

po reglamentaba un cada vez más complejo sistema de organismos culturales, fundaciones, legados y donaciones que, en definitiva, propiciaría el enriquecimiento colectivo. Claro que, al mismo tiempo que esto sucedía, y siguiendo el devenir de la propia burguesía, que comenzó ese siglo XIX siendo una clase innovadora e incluso revolucionaria, y lo agotó desde posiciones cada vez más conservadoras, cuando no claramente reaccionarias, las propias instituciones que tan laboriosamente habían permitido la consolidación de la actividad museística, terminaron asfixiando bajo su rígido academicismo y pesada burocracia el discurso artístico y cultural, produciéndose en las últimas décadas de ese siglo XIX ese enfrentamiento entre las vanguardias y el academicismo. Un enfrentamiento fecundo, pero que en un primer momento se convertiría en una de las razones de que los museos fuesen percibidos como algo anticuado y aburrido.

En lo que se refiere a los medios de comunicación, aunque de la misma manera que sucede con los museos, existen precedentes de divulgación literaria de las actividades artísticas desde épocas también muy remotas, es durante la Ilustración cuando, con los enciclopedistas y la aparición de grandes teóricos del arte como Winckelmann, se van articulando una serie de teorías sobre el arte, su función y su historia. Aunque es en el siglo XX, y sobre todo en la última parte de éste, cuando estos discursos vienen a pesar de alguna manera sobre la práctica museística, que se transforma radicalmente. De manera más evidente, por supuesto, lo hacen aquellas instituciones museísticas que, aceptando el reto de las vanguardias, convierten en otra obra de arte el propio dispositivo de la exposición (a veces, como no se ha dejado de criticar,

eclipsando lo expuesto, aunque otras veces, afortunadamente, aportando a éste nuevas luces; permitiendo y facilitando nuevas e inéditas percepciones de su contenido). Pero del mismo modo se transforman las grandes instituciones, que comienzan a organizar exposiciones temáticas temporales, usando sus propios fondos o intercambiándolos con otras instituciones.

La publicación que represento, *Album de Artes y Letras*, dedica gran parte de su contenido a los museos. En una práctica que dura ya algunos años, cada uno de sus números está en parte dedicado a una ciudad española. Por dar un ejemplo, en aquel número de la revista que se dedicó a Vitoria figuraban artículos sobre el Museo de Bellas Artes, el Museo Arqueológico, el Museo Diocesano, el de Ciencias Naturales, el museo de arte moderno ARTIUM y el Museo Fournier, dedicado a los naipes, además de un artículo titulado Vitoria en la pintura. En el caso de Vitoria, como en el de todas las otras ciudades, ya más de veinte, que han ido apareciendo en nuestras páginas, estos artículos estaban acompañados de las secciones habituales: aquella que testimonia de las exposiciones importantes que se organizan en diversas ciudades españolas; aquella que incluye trabajos temáticos sobre determinados pintores o escuelas de pintura; la que se ocupa de literatura, en la que también se presta mucha atención a todo aquello que se refiere a la estética o a la filosofía del arte; y finalmente, en algunas ocasiones, una serie de artículos sobre los museos de alguna ciudad europea, como, por dar algún ejemplo, Oporto, Hannover o Estocolmo.

En definitiva, y por concluir, aunque en principio los medios de comunicación están más

## Museo

### Los Museos en los Medios

relacionados con los acontecimientos de la actualidad, o, al menos, con la difusión en esa actualidad de la cultura, mientras que los museos están implicados en la preservación, conservación y catalogación de las obras que han permitido el progreso cultural, el propio desarrollo de este progreso ha terminado haciendo ambiguas estas fronteras. Así, tanto los unos como los otros están implicados en la elaboración de ese discurso narrativo cultural al que nos referimos. Narración que, por la propia necesidad de hacerse comprender, está plagada de lugares comunes, que si en muchas ocasiones no son sino tópicos, en otras son auténticos arquetipos, elaborados por los unos y los otros, que expresan, como sólo sabe hacerlo el arte, problemáticas fundamentales de la vida intelectual, moral y social del hombre. Por eso la tarea sigue siendo, hoy como siempre, ponderar, elucidar y seleccionar los mejores, aquellos que merecen formar parte de nuestro patrimonio, y ponerlos a disposición de todos.